

ADOLESCENTE, MADRE Y POBRE: PROYECTANDO UN FUTURO POSIBLE

Cintia Hasicic
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Introducción

La tematización del embarazo en la adolescencia como un “problema” de salud pública surge en la década del sesenta acompañando los cambios sociodemográficos, económicos, culturales e ideológico-políticos que tuvieron lugar tras la Segunda Guerra Mundial. Estas transformaciones originaron una creciente preocupación por la normalización del comportamiento de l@s jóvenes, más específicamente por aquellas conductas que pudieran afectar su transición hacia una forma socialmente aceptada de “ser adulto”.

Luego del *baby-boom* que se produjo al finalizar la Segunda Guerra, era común y de poco interés en los Estados Unidos que la maternidad/paternidad comenzara durante la adolescencia. En 1957, la tasa de fecundidad para este grupo en dicho país llegaba a 96,3 por mil: 1 de cada 10 adolescentes daba a luz cada año (Adaszko, 2005).

Existía en aquellos momentos un debate entre la izquierda y la derecha norteamericana sobre la maternidad adolescente: la derecha, apoyada en la teoría de la cultura de la pobreza, argumentaba que los pobres tenían un sistema de valores que los condenaba a perpetuar su condición y preferían vivir de la asistencia pública antes que progresar por sus propios medios, y por ello no posponían la maternidad. La izquierda, por su parte, replicaba que la maternidad durante la adolescencia era muy costosa para los pobres, y que por ello el Estado debía proporcionar los medios para ayudar a las jóvenes a posponerla. El debate se intensificó en los años setenta al acentuarse el sentimiento de que los políticos y la sociedad en general habían sido demasiado permisivos con l@s jóvenes en la década anterior (Furstenberg, 2003 citado en Adaszko 2005). En consonancia, hacia 1974, la Organización Mundial de la Salud (OMS) incorpora la temática al interior de la salud adolescente planteándola como problema de creciente importancia. Es considerada, a partir de ese momento, como un problema desde el punto de vista biológico, médico, psicológico, ético y legal. Este proceso de definición del *problema* excluyó las miradas de l@s jóvenes y prescribió una sola manera de responder adecuadamente al tema.

En nuestro país, el problema de la maternidad adolescente aparece como preocupación de la salud pública hacia 1960, habiéndose edificado sobre tres campos fundamentales: el moral, el legal y el de la salud (Palomar Vereá, 2004), a partir de los cuales l@s adolescentes son controlados, normalizados o estigmatizados. Si bien recientes investigaciones sociológicas analizan la maternidad adolescente desde enfoque explicativo en torno a la precariedad socioeconómica que permea las condiciones de vida de la mayoría de las jóvenes que se embarazan, apelando a categorías como las relaciones de género, la sexualidad, las relaciones sociales, la ubicación etárea y la clase social (Stern y García, 1999; Genolet, 2004; Adaszko, 2005; Gogna, 2005; Pantelides, 2007; Checa, Erbaro, Schwartzman,

2009) continúa ligada a un discurso victimizador, homogeneizador y alarmista, ubicándola en un lugar negativo e inaugurando una trayectoria de infortunios (Adaszko, 2005). Los discursos preponderantes sobre el tema tienen por finalidad controlar la sexualidad –sobre todo femenina– y la reproducción en función de necesidades políticas y económicas. Es así que desde hace varias décadas, el énfasis está centrado en el riesgo que representa el embarazo para la diada madre/hijo –activado por conductas “inmaduras”, “irresponsables” e “irreflexivas”– y en su aporte a la reproducción de la pobreza (Ortale, 2010).

Apoyado en un “enfoque de riesgo” para la salud materno-infantil, se afirman las limitaciones intrínsecas para la gestación de la adolescente madre y la crianza de los niños/as recién nacidos. Los trabajos producidos dentro de este marco enfatizan en general la falta de educación sexual de los adolescentes, su inmadurez y los inconvenientes y las consecuencias que los embarazos suscitan en relación con la deserción escolar, su salud, proyectos de vida y condición de pobreza, considerando al embarazo como productor y reproductor del círculo de la pobreza (Stern, 2004, Celsam, 2009).

En este informe nos proponemos destacar algunos datos que se desprenden del trabajo de campo realizado (aún en proceso) en un barrio periférico de la ciudad de La Plata. A través de las entrevistas realizadas a adolescentes embarazadas, indagaremos en primer lugar, acerca de los cambios o continuidades que la maternidad produjo en sus vidas desde su propia mirada, para en un segundo momento, conocer cuáles son sus proyectos de vida (en términos laborales, educativos, afectivos) visualizando qué lugar ocupa la maternidad en ellos.

Adolescencia(s) como categoría analítica

Como señala Kaplan (1991), la noción de adolescencia ha sido ampliamente debatida y es fuente de controversia. La autora señala que muchos estudiosos del tema no la consideran como un estado propio por el que transita toda persona hasta alcanzar la madurez biológica y psicológica, sino como una transición entre dos estados; a la vez que señala que no existe un acuerdo generalizado acerca de su duración y su finalización. Ciertos autores ubican su finalización a los 20 años, mientras que otros creen que una persona se ha desarrollado de manera completa a los 18, entendiéndolo que esta comienza a los 13. Esto representa un gran problema, porque es sumamente difícil identificar quiénes son l@s adolescentes, y por lo tanto, poder comprender sus particularidades.

Sin embargo, el concepto de adolescencia da cuenta de un fenómeno mucho más complejo que una delimitación etaria, es una condición constituida por la cultura (Genolet, 2009) que hace referencia a un proceso por el cual las personas conforman su identidad personal y social, en el cual se comienza a consolidar un proyecto de vida.

Como categoría de análisis, surge con la modernidad en Europa en el siglo XIX, como consecuencia de las nuevas condiciones demográficas y económicas que dieron lugar a la necesidad de capacitación de los jóvenes para su futura inserción laboral (Fernández, 1994; Genolet 2001). No obstante, la adolescencia ha sido vivida de diferentes modos desde ese entonces: los primeros en ser identificados como adolescentes fueron los varones nobles y

burgueses (Climent, 2003). Para las niñas de clase alta, la adolescencia comienza cuando se censura el casamiento en la pubertad, dando lugar a un tiempo entre la menarca y el casamiento, en el cual eran educadas en pautas morales y preparadas para desempeñar los roles de esposas y madres. Las niñas pertenecientes a sectores populares, tendrán que esperar más de un siglo para ser reconocidas como tales, gracias a su incorporación en la escuela y que los medios de comunicación presionaran en la conformación de una subcultura adolescente.

Particularmente, entenderemos la adolescencia como “una construcción social y cultural: es un proceso social-cultural complejo, es decir, es una construcción histórica social y como tal varía a través de los tiempos de una misma cultura, y dentro de ella, en diferentes clases sociales. Es decir, que no existe una definición universal de la adolescencia, sino que la misma varía de acuerdo con el momento histórico, la cultura, las ideas de la época, etcétera” (Obiols, 1998:73). En este sentido, proponemos retomar a Adaszko (2005), al considerar la adolescencia como la existencia de una diversidad de grupos de jóvenes con experiencias, significaciones y prácticas diferentes en relación con la maternidad y la paternidad, por eso nos referimos como “adolescencias”.

Como señala Climent (2003), los posibles proyectos de vida de l@s adolescentes, se encuentran condicionados por la familia y la sociedad, debiéndose tener en cuenta que las opciones disponibles estarán condicionadas socioculturalmente. Es decir, que existen fuertes vinculaciones entre el origen social, el sexo del individuo y su educación. Además, en los distintos contextos familiares y sociales están presentes en los diversos proyectos de vida, imágenes de género en torno a la sexualidad, la familia y el rol de la mujer (Climent, 2003). Asimismo, destaca que varias investigaciones al respecto, indican que en las adolescentes de los estratos más populares prevalecen pautas de socialización tradicionales que privilegian a la maternidad como proyecto de vida posible para las mujeres.

Sin embargo, ésta puede tener significaciones ambiguas en las diversas situaciones. Del análisis de las entrevistas, se desprenden distintos significados y sentidos. La mayoría de las adolescentes entrevistadas (1) han manifestado que el embarazo no ha representado ningún tipo de cambio aparente en sus vidas. Éste se presenta más bien como algo propio de su condición de mujer, como algo que puede suceder (Rubarth, 2000).

“No, lo mío normal, ningún cambio. Trabajo, como siempre”.

(Daniela, 19 años)

“No, ningún cambio. En mi casa, muy tranquila”.

(Celeste, 17 años)

En otros casos, como los de Rosa y Nadia, significa un cambio radical de vida: dejar de convivir con las familias para convivir con sus respectivas parejas y “dejar las salidas”. En el caso de María, este cambio es radical.

“Antes era muy de salir, de tomar y de todas esas cosas. Ahora, no. Salgo, pero acá, al baile de acá enfrente. Salgo por ejemplo los sábados, hace sábados que no salgo. Y sí, porque antes tomaba. Antes de conocer a este chico. Él me cambió un poco también, porque él nada que ver, no era de salir. (...) Yo fumaba. Desde los once, y me drogaba también con porro y merca ¿viste? Y a partir de este hijo, ya no, basta. Ya no se puede...”.

(María, 15 años)

“Me cambió mucho este embarazo...Tengo unas ganas de tenerlo, no veo la hora. En la forma de pensar, en después qué hacer, después de tenerlo... Las cosas que hacía. Antes podía salir con mis amigas, y ahora no”.

(Rosa, 16 años)

“Yo cuando me enteré que estaba embarazada a los tres meses. Un día antes yo tomaba demasiado, estaba re flaca de tanto fumar, de tanto tomar. Todos los viernes, empezaba los viernes a la noche y seguía hasta el domingo a la noche, te imaginás... No, era un tiro al aire. He fumado mucho, cosas que no... Marihuana, he tomado cocaína. Y bueno, yo cuando me entero que estaba embarazada, sí, cambié mucho, dejé el cigarro, dejé amistades. Dejé muchas cosas. Y no quiero que mi hijo me vea fumar a mí, no quiero que mi hijo sea lo que fui yo, ¿entendés? Mi mamá me iba a buscar a una esquina toda así re mal, y eso yo no quiero para mi hijo. No, quiero darle ese ejemplo”.

(Nadia, 17 años)

Al referirse a los cambios, mencionan que la llegada de un hijo les permitió de algún modo orientarse y repensar su vida. Consideran que antes la diversión, el salir a bailar, las conducía a "andar en la calle" y que ahora se han vuelto sobre sus propios carriles. Esto reeditaría la dicotomía mujer madre, buena, adentro de la casa, o la diversión, el baile considerado como aquellas prácticas de "mala mujer" (Rubarth, 2000). Algunas adujeron que el embarazo las había hecho madurar y ser más responsables, como un llamado de atención, de cambio de vida o "crecer de golpe".

Celeste nos cuenta que había estado "perdida antes del embarazo" y ahora encontró su camino, aunque el embarazo no fue buscado.

“No, yo con mi mamá y mi papá estoy bien. O sea, yo estoy con mi hermano en una pieza, te digo que re bien. Pero te digo, teniéndolos a ellos, a mi familia cerca todo re bien... Se sufre un poquito, por eso de que el bebé no tiene papá, pero bueno, todas esas cosas ¿viste?, si el papá no se hizo cargo, no puedo obligarlo... Pero teniéndolos a mi papá y a mi mamá cerca que sé que me apoyan muchísimo, todo bien... Es lo único que me haría falta... Yo estoy re contenta con el embarazo éste. Elegiría mil veces esto que a lo que dejé. Es re bonito...”.

(Celeste, 17 años)

“Sí, algo me cambió, que ahora me siento más responsable, más grande”.

(Rosario, 14 años)

“A mí me marcó muchísimo lo del otro nene, eso fue algo que me hizo... Me cambió muchísimo y es algo que no sé si me hizo más fría, pero veo ciertas cosas que ya no me, que ya no me asombran porque yo digo que lo peor que le puede pasar a un ser humano es que se le muera un hijo y yo siempre digo que no todas las personas saben lo que es, porque yo te puedo decir “Te entiendo”, pero yo no te entiendo porque tengo a todos mis hijos en la mesa sentados conmigo, y yo voy a mi casa y a mí me falta... Es como que eso me marcó muchísimo, me hizo más fría, por ahí, muchos de mis familiares me dijeron que yo cambié muchísimo, pero yo no me dí cuenta del cambio... También que me hizo más fuerte, como que ya las cosas que pasan me llegan y me duelen sí, ver en el noticiero todos los días que matan, que roban. Yo siento que ese vacío, que ese dolor... Fue algo que me hizo crecer muchísimo de golpe.

(Yésica, 19 años)

En este sentido, al preguntarles a las adolescentes acerca de cómo se imaginaban en un futuro cercano, algunas contestaron que no habían pensado en su futuro, y que preferirían no hacerlo. Por su parte, muchas piensan su futuro en torno a la concreción de una familia propia y de tener un hogar propio.

“No, no sé, porque yo veía un futuro y ahora se me dio vuelta todo, que ahora ni pienso, vivo el día a día...”.

(Emilia, 18 años)

“Teniendo con qué sostenerme, si tengo una casa, un techo, comida... Los chicos que estén bien, que no tengan ningún problema, nada. Con eso ya tengo lo que quería...”.

(Silvina, 17 años)

“Ya teniendo mi propia casa, trabajando yo y mi marido también y a mi hijo no sé, lo dejaría cuidando con mi mamá. (...) Tener mi casa y que a mi hijo el día de mañana lo pueda llevar a un Jardín bueno, y ahí está, con eso yo me sentiría realizada”.

(Noelia, 19 años)

En otros casos, la maternidad se presenta como la única meta en la vida de las adolescentes, como en el caso de Yésica, quien perdió un hijo anterior y en poco tiempo volvió a quedar embarazada.

“¿De acá a unos años? Espero que bien, espero poder verme terminando lo que empiezo, y teniendo una familia, bien... Primero, pudiendo tener lo mío. Mi terreno, mi casa bien armada. Y yo siento que tengo como una... ¿Cómo te puedo explicar? Tengo algo que cumplir acá. Mi meta sería criar bien a mi hijo, que me salga una persona hecha y derecha, o sea, yo tengo como mi meta, ésa. Y sí, tener lo mío...”.

(Yésica, 19 años)

Así también nos comentó Sofía, la obstetra del centro de salud del barrio: “Y hay otras chicas que el único objetivo que tienen en la vida es tener un hijo. Tienen quince años y es lo único que aspiran, a tener una familia, a tener un hijo para formar una familia y por ahí irse de la casa. Nada más”.

En muchos casos, la concreción de la maternidad, aún en los casos en que los hijos no hayan sido buscados, puede ser vista, particularmente en las adolescentes provenientes de hogares pobres, como la realización de un proyecto de vida y la posibilidad de contar con algo propio en situaciones de vulnerabilidad social y emocional (Checa, 2003). En cuanto a los sectores medios y altos, cuanto más jóvenes, instruidas y activas son las mujeres, asocian en menor grado el logro y la felicidad femeninos con la maternidad. En ellas persiste con vigor el deseo de desarrollarse en el mundo del trabajo y el estudio. La maternidad se posterga hasta alrededor de los 30 años, planificándola en relación con otros aspectos de la vida. El estudio revelado por Mancini (2004) (2) reafirmaría lo anterior.

Podemos decir en términos generales en cuanto a la primera reacción ante el conocimiento del embarazo, las adolescentes se encontraban muy emocionadas y dichosas al respecto. Sólo pudo visualizarse un caso en el que no lo estuviera, la cual cambió rápido de parecer. Aunque en algunos casos la pareja de la adolescente no se encuentre con ella, ya sea porque el embarazo es fruto de una relación pasajera o por descreimiento de la paternidad, el embarazo es vivido como un acontecimiento feliz en sus vidas. Esto se traduce en las repercusiones del embarazo en sus vidas cotidianas. Algunas adolescentes aducen que su manera de pensar y de vivir se ha transformado, mientras que para otras significó el fin de una vida de malos hábitos y de excesos, como es el abuso de las drogas y el alcohol. Es decir, y en palabras de una de las entrevistadas, el embarazo le dio un *nuevo sentido a su existencia* y el comienzo de una etapa de mayor responsabilidad, básicamente con su hijo. Sin embargo, cabe decir que otras adolescentes demostraron cierta añoranza respecto a sus salidas nocturnas con sus amigas y tiempos pasados de “mayor libertad”.

Al respecto, Sofía nos comentó:

“A mí el caso que más me llamó la atención, fue una chica de dieciocho años que quedó embarazada. La atendí durante todo el embarazo. Vino un día al control, ella había ido a la noche al hospital porque había tenido contracciones y le dijeron que estaba bien. Vino conmigo, el mismo día. No se escuchaban los latidos del bebé. Había muerto y en el hospital no se lo diagnosticaron. Se la llevaron de vuelta al hospital, le indujeron el parto. Se deprimió mucho. Aparte un embarazo en término, ya que estaba en la última semana. Y lo que me llamó la atención es que ella quería a ese bebé, ella lo buscó. Y hacía tres años que ella estaba buscando el embarazo. O sea, desde los quince años estaba buscando quedar embarazada. A mí me llamó la atención que estaba preocupada porque hacía tres años que no podía quedar embarazada. Bueno,

logró quedar embarazada y el chico falleció, y ahora está embarazada de vuelta. Y ella lo perdió el año pasado, no pasó ni un año, y ya en diciembre tiene fecha de parto otra vez. Vos fijate una chica que está buscando un embarazo desde los quince a los dieciocho años, lo pierde y a los diecinueve queda embarazada de vuelta, es porque la única meta que tiene es tener un hijo”.

No obstante, al preguntarles sobre la posibilidad de seguir teniendo hijos en un futuro, la mayoría admitió querer hacerlo en un tiempo más bien lejano. En cuanto a la maternidad, aseguran que les gustaría seguir teniendo hijos, “pero esos vienen solos”, dándonos a entender que esta no sería una cuestión que esté en sus manos, bajo su control, sino *bajo el de Dios únicamente*. Además, si bien la maternidad es valorada entre las adolescentes; sus pensamientos y deseos no dejan de traslucir la edad que tienen, y las actividades y cuestiones socialmente consideradas inherentes a la misma edad.

“No, éste es el primer hijo, y hasta que venga el otro... Falta un montón, porque soy muy chica y tener otro después de este es mucho. Hasta los veintisiete, por lo menos, no pienso tener otro...”.

(Rosario, 14 años)

“Sí. Mi idea es tener uno más, pero bueno, mi mamá también quería tener uno más y tuvo diez”.

(Gimena, 18 años)

“No, por ahora no me gustaría seguir teniendo hijos. Cuando el bebé sea más grande, sí. Cuando este bebé tenga diez años, sí, me gustaría tener otro hijo. Porque yo quisiera, no lo quiero dejar así chiquitito, a los siete años dejarlo con tu mamá, volver a salir... Porque un hijo te ata mucho ¿viste? Y yo quisiera que crezca y dejarlo con mi mamá que sé que va a estar bien. Y volver a salir, volver a los bailes”.

(Celeste, 17 años)

El estudio como proyecto de vida posible

Durante la adolescencia, junto al proceso de autonomización, los sujetos empiezan a elaborar sus proyectos de vida (Climent, 2003). En muchos casos, el trabajo o el estudio son valorados como medios para progresar y lograr cierta autonomía o independencia, pero la mujer siempre debe cumplir con las tareas que tradicionalmente les han sido asignadas (Climent, 2003). Estudiar, en esta etapa, es uno de los proyectos centrales. Sin embargo, la inclusión en el sistema educativo es significativamente menor entre las adolescentes mujeres pobres en comparación con los ingresos mayores (revelado en la EPH 2011). Por su parte, varios de los estudios referentes a nivel país muestran que la mayoría de las jóvenes que ya son madres de entre 10 y 19 años, abandonaron la escuela entre el 6.º grado de la primaria en adelante con anterioridad a su embarazo. Sin embargo, en un estudio realizado en sectores populares, se ha encontrado que las madres de hijas adolescentes embarazadas, aunque

esperan que ellas formen pareja y tengan hijos, también valoran que estudien para que puedan trabajar y ser independientes (Climent, 2001). Si bien, como asevera la autora, las familias de sectores populares prevalecen pautas de socialización tradicionales que privilegian la maternidad como proyecto de vida para las mujeres, esas imágenes de género son contrarrestadas o coexisten con otras, entendiendo como algo positivo y valorable el estudio. Se trata en la mayoría de los casos, como expresiones de deseo pero que tienen pocas posibilidades de concretarse.

El trabajo de Climent (2003) intenta develar algunos prejuicios con respecto a la educación, partiendo de las expectativas de las madres adolescentes que revelan que estudiar es un proyecto valorado por ellas.

Del análisis del conjunto de nuestras entrevistas, encontramos que las adolescentes no trabajan ni estudian al momento de la realización del trabajo de campo. En varios casos, las adolescentes han abandonado la escuela, aun antes del embarazo; lo cual da cuenta del estado de vulnerabilidad en el que se encuentran y que su embarazo no significó la ruptura en la trayectoria educativa. Frente a las posiciones que advierten que el embarazo significa el abandono escolar seguro, Edith Pantelides expone que "Es probable que las adolescentes embarazadas tiendan a abandonar la escuela pero la mayoría de las adolescentes provenientes de sectores de bajos recursos que quedan embarazadas, ya están fuera del sistema educativo. Muchas abandonan también por problemas económicos o porque su proyecto de vida está centrado en la maternidad, no hay una relación causa efecto entre embarazo adolescente y deserción escolar" (Revista *Periodismo Social*, 2004).

En esta línea, Fainsod (2006) expresa que al analizar las experiencias sociales y escolares de las adolescentes embarazadas y adolescentes madres que viven en contextos de pobreza, observa que frente a los argumentos que proponen que los embarazos y maternidades adolescentes conducen inevitablemente al abandono de los estudios; encuentra que, bajo ciertas condiciones institucionales, aun en contextos de pobreza y con la vulnerabilidad que estas experiencias conllevan, estas situaciones pueden resultar factores de retención escolar. El vínculo embarazo/maternidad, adolescente/escolarización, si bien presenta cierta correlación, impide establecer una relación unívoca y causal entre ambos. Se evidencia en los relatos de algunas adolescentes cómo quedan silenciadas bajo premisas totalizantes las voces de aquellas y aquellos para los/las cuales a partir del embarazo, la maternidad y la paternidad se resignifica el valor de la escuela y de la adolescencia misma.

En nuestro trabajo de campo, solamente encontramos dos casos en los que las adolescentes, al quedar embarazadas, continúan estudiando. Gran parte de ellas repitieron varios años el mismo curso por diversas razones, tales como ayudar en sus casas, trabajar, conflictos familiares, desinterés, etcétera. Aducen tener la voluntad de retomar sus estudios una vez finalizado el embarazo, aunque consideran compleja la combinación del estudio y el cuidado del bebé. Los testimonios nos revelan:

“Dejé la escuela en séptimo. Repetí como cuatro años... Después me junté, igual ya había dejado la escuela...”.

(María, 15 años)

“Justo este año había vuelto a la escuela, pero tuve un principio de embarazo bastante complicado. Mucho reposo, y la tuve que dejar...”.

(Yésica, 19 años)

“Ahora como pasó todo esto, dejé el colegio. Me gustaría seguirlo, lo voy a seguir a la noche, pero la veo difícil”.

(Camila, 17 años)

Algunas adolescentes visualizan la finalización de la escuela como algo posible y al mismo tiempo, como una llave que les posibilita obtener un empleo “bueno y seguro”. En otros casos, al finalizar la escuela, desearían continuar sus estudios, como maestras jardineras, policías o profesiones ligadas a la salud.

“No sé si trabajar, pero sí terminar el colegio, es lo único que quiero. Después tener mi casa y que vengan los hijos que vengan. Tener lo necesario, como para que puedas tener un techo y ayudar a tus hijos. A mí me gustaría ser maestra jardinera”.

(Camila, 17 años)

“La verdad es que quiero estudiar, nada más. Tenerlo y estudiar. Dice la preceptora de la escuela que a mí ‘me da’ la cabeza, soy bastante inteligente... A mí me gustaría seguir estudiando, no sé. Me gusta la materia Lengua, en el colegio. Me gusta leer”.

(Magalí, 15 años)

“A mí me gustaría trabajar de policía, porque uno, ganas bien y otro porque, qué sé yo, es una ayuda. Por eso tengo que terminar el colegio”.

(Rosa, 16 años)

“Este año yo quería empezar (la escuela), pero vamos a ver, porque a la noche no te impiden estudiar porque estás embarazada. Vamos a ver, porque quiero terminar. Yo qué sé... toda mi vida quise ser maestra jardinera. Y qué sé yo, tengo diecinueve años. Son tres años más, más la carrera que son tres años más”.

(Débora, 19 años)

“Sí, terminar la escuela, cuando tenga el bebé. Quiero estudiar Enfermería”.

(Celeste, 17 años)

Visualizamos entonces en las adolescentes el deseo de continuar con los estudios, y que este representa un gran valor para ellas, como lo aseguraba anteriormente Climent (2003). Sin embargo, parecería existir un abismo entre el deseo de las adolescentes y la realidad concreta.

En las áreas urbanas de la Argentina, el 50% de las niñas entre 6 y 9 años de edad, el 70% del segmento que posee entre 10 y 13 años y el 75% de las que tienen 14 años, “ayudan

en el hogar” durante “la mayor parte de su tiempo” (Faur, 2000). Estas proporciones aumentan con la edad. Pero también aumenta la proporción de jóvenes que no se encuentran en el sistema educativo, y que tampoco trabajan fuera del hogar. Las adolescentes entrevistadas mencionaron haber trabajado por períodos muy breves y en ocupaciones que pueden considerarse como una extensión de las tareas domésticas (cuidado de chicos, limpieza en hogares, atención en comedores comunitarios).

Estos datos muestran, por un lado, que el trabajo de niñas y jóvenes en el hogar es mucho más frecuente que el realizado fuera de él. Por otro, se observan las pautas tradicionales de socialización que se visibilizan en la división del trabajo por sexo (Faur, 2000). Esta limitación de la participación social activa conduce al aislamiento, a ubicarse en una posición de subordinación por su no participación en el mercado laboral, a la dependencia económica, a la autodesvalorización, la inseguridad y la sumisión.

Es en este contexto, de acuerdo con Climent (2003), que la mayoría de las adolescentes que no estudian se embarazan. Y es a ese microcontexto al que se ven confinadas las adolescentes que se embarazan y abandonan los estudios. Abandonar los estudios significa, de acuerdo con la autora, la exclusión y el peligro de la marginalidad. Pero además de las carencias educativas, de capital cultural y social, se vinculan a inserciones laborales tempranas en circuitos de trabajo temporarios, con alta rotación del empleo, desempleo, subocupación. Las bajas remuneraciones percibidas inmovilizan en la pobreza, y acentúan la desigualdad y la segmentación de la sociedad. Por su parte, este tipo de trabajos (generalmente de servicio doméstico) poco contribuye a su formación y reafirma los roles tradicionales femeninos en tareas de reproducción social.

Comentarios finales

Este breve informe se constituye como una aproximación preliminar sobre la temática de la maternidad adolescente en sectores populares en relación con los proyectos vitales de estas.

La mayoría de las adolescentes entrevistadas expresaron que no tenían planes concretos para el futuro. Éste es más bien incierto debido al acontecimiento del embarazo. Asimismo señalaron querer finalizar la escuela, para luego trabajar. Sin embargo, advirtieron que lo más importante era tener una casa propia y formar una familia, para no tener que depender del “resto” (su familia). En cuanto a la posibilidad de tener más hijos, afirmaron que querían hacerlo, pero en un tiempo lejano. De todos modos, esto no implica que suceda en un futuro cercano, indicando que no es algo que ellas puedan decidir y planificar, sino que éstos “vienen solos”.

Al referirse a los cambios producidos por el embarazo, mencionan que la llegada del hijo les permitió orientarse en la vida. Consideran que antes, la diversión, el salir a bailar las conducía a “andar en la calle” y que ahora se han vuelto sobre sus propios carriles. Al preguntarles a las adolescentes acerca de cómo se imaginaban en un futuro, algunas contestaron que no lo habían pensado y que preferirían no hacerlo, sino “vivir el día a día”. Si

bien pudimos dar cuenta de que las pautas de socialización tradicionales y la visualización de un futuro en torno a la concreción de una familia propia y de tener un hogar propio como observaba Climent (2003) se encuentran presentes, la escuela fue señalada por la mayoría como una asignatura pendiente. La escuela, o los estudios como expresan las adolescentes, representan una herramienta fundamental de superación personal, valorada por estas. En algunos casos, pudimos observar que un proyecto no se contrapone a otro, sino que conviven.

Si bien como señalan los datos destacados por el Instituto para el Desarrollo Social Argentino (Idesa) (3), sólo una de cada tres madres adolescentes de la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires logra terminar la escuela. Creemos sumamente importante continuar ahondando en esta dimensión, dado que entendemos que la relación maternidad adolescente-deserción escolar no es una relación causa efecto, sino una relación que se basa en la desigualdad social que la precede.

Nauar Pantoja (2003, citado en Adaszko, 2005), quien analiza la situación de adolescentes brasileñas embarazadas escolarizadas, destaca la heterogeneidad de las vivencias. Afirma que para muchas jóvenes, la maternidad es un medio para reafirmar su deseo de salir adelante, continuar estudiando, o una marca de transición hacia otro estatus. Sostiene que en contextos fuertemente marcados por desigualdades de género y clase, la maternidad se presenta no sólo como destino sino más bien como fuente de reconocimiento social para las jóvenes mujeres desprovistas de proyectos educativos y profesionales. En una línea similar, Bucholtz (2002) expresa que el embarazo durante la juventud temprana en muchos contextos no es meramente accidental, sino un acto potencialmente táctico de identidad. En muchos casos, la concreción de la maternidad, aun en los casos en que los hijos no hayan sido buscados, puede ser vista, particularmente en las adolescentes provenientes de hogares pobres, como la realización de un proyecto de vida y la posibilidad de contar con algo propio en situaciones de vulnerabilidad social y emocional.

Para finalizar, recalcamos que los datos aquí expuestos son preliminares y forman parte de una investigación que se encuentra en proceso. Sin embargo, creemos apropiado retomar a Furstenberg (2003) quien destaca que “La maternidad temprana trastorna la vida de las jóvenes madres, pero mucho menos de lo que la gente cree [...] la particularidad del asunto tiene más que ver con cómo nuestra cultura política ha respondido a los problemas asociados con la pobreza, la sexualidad, las relaciones de género y cosas parecidas, que con la amenaza planteada por adolescentes teniendo bebés antes de que ellos o sus familias lo deseen, o antes de que la sociedad se pregunte si eso es bueno para su bienestar y el de su descendencia” (Furstenberg, 2003 citado en Adaszko, 2005).

Notas

(1) Por motivos de confidencialidad respecto a aquellos que han colaborado con nuestra investigación hemos adoptado nombres ficticios.

(2) Estos datos fueron obtenidos de una encuesta de 155 casos realizada en 1999 por el equipo de investigación dirigido por el Prof. Mario Margulis en el marco del proyecto UBACyT “La dimensión cultural de la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de sectores medios”.

(3) “Madres adolescentes: 8 de cada 10 viven en la pobreza”, Diario *El Día* de la ciudad de La Plata, fecha 13 de noviembre de 2011, ciudad de La Plata. Disponible en <http://www.eldia.com.ar/edis/20111113/madres-adolescentes-cada-viven-pobreza-informaciongeneral0.htm>

Bibliografía

AA. VV, “Embarazo y maternidad adolescente: caras de la inequidad social”, Revista *Periodismo Social*, 2004, disponible en http://www.periodismosocial.org.ar/area_infancia_informes.cfm?ah=10.

ADASZKO, Ariel, “Perspectivas socioantropológicas para la adolescencia, la juventud y el embarazo” En: Gogna, Mónica (coord.) *Embarazo y maternidad en la adolescencia*, Buenos Aires, CEDES, 2005.

CHECA, S. (comp.) *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, Buenos Aires Editorial Paidós, 2003.

CHECA, Susana; Erbaro, Cristina; Schvartzman, Elsa, “Representaciones y prácticas sexuales y reproductivas en mujeres adolescentes de sectores populares urbanos. Reconstrucción de la memoria intergeneracional”, VIII Jornadas Nacionales de debate interdisciplinario en Salud y Población, UBA, 2009.

CLIMENT, Graciela, “*Maternidad adolescente: ¿una situación conflictiva? Perspectiva de las madres*, XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Guatemala, 2001.

CLIMENT, Graciela “La maternidad adolescente, una expresión de la cuestión social. El interjuego entre la exclusión social, la construcción de la subjetividad y las políticas públicas”, *Revista Argentina de Sociología*, nov./diciembre, Año/Vol. I, 2003.

FAINSOD, Paula, *Embarazo y maternidad adolescente en la escuela media. Una discusión sobre las miradas deterministas de las trayectorias escolares de adolescentes embarazadas y madres en contextos de pobreza*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006.

FAINSOD, Paula, “Estar en la escuela: reflexiones para superar los desencuentros”. Disponible en

<http://www.edicionessm.com.ar/ArchivosColegios/Argentina/Archivos/Argentina/Ponencias%20Consudec%202007/Ponencia%20Paula%20Fainsod.htm>.

FAUR, Eleonor, “Mapa estratégico del área mujer y equidad de género”, Informe de UNICEF, Buenos Aires, 2000.

FERNÁNDEZ, Ana María, *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós, 1994.

GELDSTEIN, Rosa; Pantelides, Edith, Infesta Domínguez, *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*, Buenos Aires, Cuadernos del CENEP n.º 51, 1995.

GENOLET, Alicia, “Estudio sobre maternidad adolescente en la ciudad de Paraná”, en *Hecho en Red, por la salud de la mujer*, compilado por la Mesa Coordinadora de la Red Nacional por la Salud de la mujer, Buenos Aires Argentina, 2001, pp. 63-80

- GENOLET, Alicia, "La experiencia del embarazo en el tránsito de la adolescencia", revista *Ciencia, Docencia y Tecnología*, Universidad Nacional de Entre Ríos, 2004
- KAPLAN, Luisa, *Adolescencia. El adiós a la infancia*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1991.
- MANCINI, I. "Modelos de maternidad entre los jóvenes de sectores medios de Buenos Aires", ponencia presentada en el VII Congreso Argentino de Antropología Social, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 2004.
- NAUAR PANTOJA, A, "Ser alguém na vida: uma análise sócio-antropológica da gravidez/maternidade na adolescência, em Belém do Pará, Brasil", en *Cadernos de Saúde Pública*, vol. 19, 2004, supl. 2, pp. 335-343.
- OBIOLES, Guillermo, *Adolescencia y posmodernidad*, Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1998.
- ORTALE, Susana, Programas de salud sexual y reproductiva y maternidad adolescente en La Plata (Buenos Aires, Argentina), *Fronteras de la Antropología*, IX Congreso de Antropología Social, Misiones, Argentina, 2010
- PALOMAR VEREA, Cristina, "Malas madres: la construcción social de la maternidad". En: *Debate Feminista*, año 15, vol. 30, México, 2004.
- RUBARTH, Gisela; Bonfanti, Rosa; López, Beatriz, *La adolescente embarazada*, Buenos Aires, Editorial Grupo, 2000.